

X

Latet anguis.

En la tarde precursora de aquella noche la de San Salomó (á quien no hemos visto desde que en el salon japonés presenciaba el cuadro interesante de la marquesa de Tellería asimilándose un sorbete de piña) fué invitada por D. Pedro Fúcar á visitar la estufa, echando al paso una ojeada á los caballos ingleses poco há traidos de un *harás* de Lóndres. El *trahante en blancos*, el dige del siglo, el noble que traía su abolengo, si no de batallas contra moros, de felicísimas contratas entre fieles cristianos, conocia muy bien la poca estimacion que á Pilar inspiraba, y ganoso de conquistar adeptos, no satisfecho de haber rendido á sus piés á toda la Administracion y al ágio de ambos mundos, abrumó á la marquesa con obsequios y amabilidades. Además

de mostrarle con especial diligencia las maravillas de Suertebella, le regaló algunas preciosidades de las que el palacio contenia, con la añadidura de flores vivas en tiestos de lujo, exóticas frutas, y para colmo de galantería le dió algunas reliquias y objetos piadosos que en la capilla habia. Con toda su habilidad cortesana no podia ocultar el prócer pecuniario que la pena le dominaba más cada vez, y distrayéndose á menudo, echaba suspiros y se quedaba mirando al suelo, cual si en el suelo, escrita en misteriosos guarismos como el binomio sobre la tumba del gran Newton, estuviese la fórmula de un negocio ó empréstito que llevase á las arcas fucarinas la tierra toda que habitamos.

La de San Salomó, interpretando mal aquel desasosiego, lo atribuyó al escándalo del dia, á la situacion equívoca y deshonrosa en que estaba Pepa, á la singular instalacion de Leon Roch y su mujer en Suertebella. Firme en este juicio, Pilar dió al marqués cuando regresaban al palacio gracias mil por sus obsequios, añadiendo:

—Mucho más valor tienen hoy sus finezas, por hacerlas usted en los momentos en que se halla tan preocupado y entristecido con estas trapisondas.

—¡Y qué trapisondas!—exclamó D. Pedro

poniendo su alma toda en aquellas palabras. —No lo sabe usted bien, Pilar... Figúrese usted cómo serán ellas para conmover esta montaña.

Puso la mano en su pecho, indicando que aquella roca cuaternaria tenia tambien sus escondidos manantiales de sentimiento. Serian las cinco cuando el marqués se despidió, despues de reiterar á los Tellerías el ofrecimiento de la casa. Él iba á Madrid á comer con su hija, y probablemente no volveria á Suertebella hasta el dia siguiente. No obstante, en caso de que ocurriera alguna novedad importante, vendria á cualquier hora de la noche. Felizmente María estaba mejor, y se pondria buena sin duda alguna. Despues de saludar á Gustavo, que á la sazón entraba, porque no le permitian venir antes sus tareas parlamentarias y el cuidado de su bufete, se retiró.

Pilar queria marcharse pronto á Madrid, mas la detuvo Gustavo, que estaba muy afanoso por decirle no sabemos qué cosas; sólo se puede asegurar que la de San Salomó las oyó con grandísimo anhelo, regalándose mucho con aquel noticion estupendo, de riquísimo gusto para su curiosidad y para su malicia. Ambos paséaron un rato por el jardin, y á veces Pilar prorumpia en risas diciendo:

—Parece una bufonada, y al mismo tiempo un golpe de arriba, un castigo. Es de esos latigazos providenciales, que hacen reir, mientras llora el que los recibe... Aquí no cabe lástima ni conmiseracion... ¡Oh, Dios omnipotente! ¡Qué grande eres y qué diligente para acudir á todo! ¡Cómo atajas los pasos de la maldad disponiendo las cosas con arte semejante al de los que hacen las novelas, causándonos una sorpresa que dá miedo y un miedo que nos obliga á pensar en Tí y á decirte: "Señor, avisanos antes de darnos esos golpes!",

A esta ensalada de profanidad y misticismo siguió otra vez la risa, y despues estas dos briosas palabras:

—Voy allá.

—¿Tú, y á qué?

—Quiero ver esas caras,—repuso Pilar con el lindo pañuelo en la boca; y se frotó la punta de la lengua, como se pulimenta el filo de la hoja despues de envenenarla.—Tomaré un pretexto cualquiera.

Anochea cuando Pilar entró en su berlina, mandando al cochero que fuese á Madrid y al palacio de Fúcar. Entró. D. Pedro, su hija, el marqués de Onésimo y la condesa de Vera se disponian á sentarse á la mesa. Fúcar invitó á Pilar para que les acompañara; pero ella se excusó diciendo que no estaria

sino el tiempo preciso para dar las buenas noticias que traía. Besó á Pepa, apretó la mano del marqués, despues se puso á hacer mimos y caricias á Monina.

—¿Qué hay?—dijo D. Pedro.

—Que María está muy bien. Ya es seguro que habrá reconciliacion: así me lo ha dicho Milagros. Me alegro mucho: no me gustan los matrimonios mal avenidos... Monísima, ¿no me das un beso?

—No, — replicó decididamente Ramona apartando su cara y defendiéndola con sus manecitas de los lábios de Pilar.

—¡Oh, qué tonta, qué mala!

—No te *quiere*...

Rechazada en aquel lado, Pilar se volvió á Pepa, y echándole una mirada de compasion, le dijo:

—Adios, querida... sabes que me asocio á tus desgracias.

Al salir acompañada por D. Pedro, dijole al oido algunas palabras que hicieron en el buen millonario el efecto de un tiro, y al despedirse de él junto al coche, la dama terminó su visita con estas palabras:

—He querido prevenirle á usted para que esté con cuidado. Ahora, señor marqués, resignacion, resignacion cristiana es lo que hace falta.

Pepa en tanto, acometida de un estupor doloroso, no sabia qué pensar ni á qué region de las posibilidades volver su alma llena de presentimientos y atormentada por las congeturas. Aquel anuncio de reconciliacion habia penetrado en sus entrañas como una lanza implacable. Sentáronse los cuatro á la mesa. Para Pepa los manjares eran un comistraje nauseabundo que no podia pasar de los lábios. El marqués no comia tampoco.

En medio de su pena horrible, Pepa, que habia observado desde el dia anterior extraña expresion de pena y contrariedad en el rostro de su padre, notó aquella noche que estaba como fuera de sí. Tambien D. Joaquin Onémo, poseedor de los secretos de D. Pedro, estaba tétrico. ¿Qué ocurría?

—¡Ah!—dijo Pepa para sí, amparándose de una idea triste que era feliz para ella en aquel momento.—Mi padre habrá tenido algun revés grande en los negocios; estará arruinado... nos quedaremos en la miseria.

Esta idea, con ser de las más negras, la consoló. La causa de la tristeza paterna no afectaba á los grandes intereses de su corazon. ¿Qué le importaban los demás intereses, ni todo el dinero, todos los bonos, todas las obligaciones bancarias, todos los empréstitos habidos y por haber? Pepa habria pasado

aquella noche junto á todo el papel fiduciario del mundo, hecho una montaña y encendido por los cuatro costados, y no habria concedido á tanta riqueza perdida ni el favor de una simple mirada.

Despues de comer y habiéndose retirado los amigos, D. Pedro y ella se encontraron solos en la alcoba donde dormia Monina, á punto que aquel ángel, despojado de sus vestiduras arrugadas por el juego, se disponia á entrar en el rosado paraíso de su sueño inocente. El marqués tomó en brazos á su nieta, y estrechándola con más cariño que de costumbre, y siempre lo hacia con cariño, pronunció estas palabras:

—¡Pobre paloma de mi casa! no, no caerás en las garras del cernícalo horrible.

—¿Qué tienes, papá? ¿qué tienes?—exclamó Pepa, uniendo su abrazo vigoroso al tierno enlace con que los brazos de Monina rodeaban el cuello de toro del marqués de Fúcar.

—Nada, hija mia, nada... No te asustes, no pierdas tu tranquilidad y confia en mí, que yo lo arreglaré todo.

—¿Pero no me explicas?...

—Todavía no.

—¿Has tenido algun quebranto en tus negocios?

—No, pichona, no,—repuso Fúcar rechazando con cierta indignacion aquella conjetura que menoscababa su dignidad de negociante.—He ganado diez milloncitos limpios en el último empréstito. Desecha, pues, esa idea lúgubre.

—Entonces...

—Nada... no te aflijas. Duerme tranquila y déjame á mí que lo arregle todo.

—¿Pero te vas?—dijo Pepa con desconsuelo viendo que el marqués se desataba de tan cariñosos brazos.

—Sí, tengo que hacer esta noche. Me esperan en el ministerio de Hacienda. A este pobre país desventurado no le basta con el empréstito que se ha hecho y necesita hacer otro.

—Me dejas llena de inquietud... ¿Qué te dijo Pilar?

—¿A mí? nada,—repuso el marqués con un poco de turbación.—Nada más que lo que oíste.

—Te habló al oído.

—No... no recuerdo. Que parece segura la reconciliacion de nuestro amigo con la pobre María: no me dijo más. Yo me alegro, porque es impropio que dos personas honradas, un marido bueno y una mujer buena se desavengan por una misa de más ó de mé-

nos. Esto es completamente tonto... Adios, queridita.

—¡Reconciliarse!—exclamó Pepa con los ojos llenos de fuego.

El marqués, que no la miraba en aquel momento, dió algunos cuantos pasos hácia la puerta.

—Felicitémonos de que el bueno se reconcilie con el bueno,—murmuró al salir.—Pero no tengamos paz ni perdon para el malo. Que lo perdone Dios.

Pepa iba á decir algo; pero este algo debía ser de naturaleza tan borrascosa, que no dijo nada. Quedóse largo rato sin moverse de aquel sitio. Despues anduvo de una parte á otra de la pieza, llamó á su doncella, dió órdenes, las denegó luégo, reprendió al aya, corrió por distintas partes de la casa sin saber á dónde iba. Cuando la niña se durmió, encerróse la madre en su habitacion para meditar. Indudablemente un misterio la rodeaba y envolvía como las influencias eléctricas, que no se ven, pero que se sienten. Pero así como todo humano sér á quien un dolor atormenta gusta de asimilar las no comprendidas penas de los extraños á la suya propia, la dama creía ver en la desazon moral de su padre una variante del mal agudísimo que ella misma sentía, ó pensaba que los males

de ambos provenian de una sola causa: La grandeza de su cuita le impedía ver otra alguna; no imaginaba que criatura nacida pudiera affigirse por cosa distinta de aquella reconciliacion tan temida y tan impertinente anunciada.

Los razonamientos de que pueda ser mentira lo que muy vivamente nos hiere, no bastan á desclavarnos el dardo: por el contrario, los silogismos son la peor clase de pinzas que se conoce, y cuando se meten á arrancar lo que tan sólo es una pua, parece que la centuplican. Pepa, dándose á creer que las palabras de Pilar serian falsas, se atormentaba más. Aquella reconciliacion la hería, como si corrieran sobre su pecho los múltiples dientes de una sierra.

La hora era muy avanzada y el marqués de Fúcar no vendría en toda la noche, porque despues de salir del ministerio se iria á cultivar amistades de cierta clase que en la villa tenia. Era hombre tan benéfico y tan protector del género humano, que sostenia tres casas en Madrid además de la suya.

Concebida la idea, Pepa no vaciló en ponerla en ejecucion. Fué á Suertebella, entró en el palacio por la puerta del museo pompeyano, de éste pasó á la sala *Increible* y de allí no habia más que seguir habitaciones

para llegar á dónde queria ir. Llegó, vió; en lo demás de este lance hay una parte conocida sobre la cual no es preciso insistir; pero hay otra que conocerá todo el que tenga paciencia para seguir leyendo.

XI

Excesos del apostolado.

Leon salió temprano en la mañana del miércoles á dar una vuelta por el jardín. Al regreso, estaba solo en la sala del Himeneo, cuando entró Gustavo. Venia con semblante enmascarado de severidad, la vista alta, el ademán forense, entendiéndose por esto una singular hinchazon y tiesura, debidas aparentemente al hervor de todas las leyes divinas y humanas dentro del cuerpo, de tal modo que el individuo reventaría si no tuviera el cráter de la boca, por donde todas aquellas materias flogísticas salen en tropel mezcladas con la lava de la indignacion. Su cuñado comprendió al punto que venia de malas.

—Estaba esperando con mucha impaciencia á que fuera de día para hablar contigo,—